

# EMILY HENRY

«UNA DE MIS AUTORAS FAVORITAS.» COLLEEN HOOVER

«LA COMEDIA ROMÁNTICA PERFECTA.» TAYLOR JENKINS REID



# BOOK LOVERS

AMOR ENTRE LIBROS

**Emily Henry**  
Book Lovers  
*Amor entre libros*

Traducción de Anna Valor Blanquer



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conflicencia.com](http://www.conflicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Book Lovers*

© Emily Henry, 2022

Publicado de acuerdo con la autora, c/o Baror International, INC., Armonk, Nueva York, Estados Unidos

© por la traducción, Anna Valor Blanquer, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Sandra Chiu

Primera edición en Colección Booket: julio de 2025

Depósito legal: B. 11.656-2025

ISBN: 978-84-08-30614-6

Impreso en España

*Dos años después*

La ciudad es un horno. El asfalto crepita. La basura hiede en las aceras. Las familias a cuyo lado pasamos llevan en la mano polos que menguan a cada paso y les chorrean por los dedos. La luz del sol rebota en los edificios como si fuera un sistema de seguridad de láseres en una película de robos algo anticuada, y yo me siento como un donut glaseado que han dejado al sol cuatro días.

Mientras tanto, embarazada de cinco meses y a pesar de la temperatura, Libby parece la protagonista de un anuncio de champú.

—Tres veces. —Parece asombrada—. ¿Cómo pueden dejar a una persona durante un cambio total de estilo de vida tres veces?

—Cuestión de suerte, supongo.

En realidad, han sido cuatro, pero nunca llegué a hacerme el ánimo de contarle todo lo que pasó con Jakob. Han pasado años y apenas consigo pensar yo en ello.

Libby suspira y me coge del brazo. Tengo la piel pegajosa por el calor y la humedad del verano, pero mi hermanita está milagrosamente seca y suave como la seda.

Puede que yo haya heredado el metro ochenta de mi madre,

pero el resto de sus rasgos fueron a parar directos a mi hermana, desde el pelo rubio rojizo hasta los ojos grandes y azules como el Mediterráneo pasando por las pequitas que le salpican la nariz. Su estatura baja y voluptuosa debe de ser cosa de los genes de nuestro padre, aunque no podemos saberlo. Se fue cuando yo tenía tres años y a Libby todavía le quedaban meses para nacer. Al natural, mi pelo es de un rubio ceniza apagado, y el tono de azul de mis ojos no es el de las aguas de unas vacaciones idílicas que digamos; recuerda más bien a lo último que ves antes de que te engulla el hielo.

Ella es Marianne y yo Elinor. Ella es Meg Ryan y yo Parker Posey.

También es mi persona favorita de este mundo.

—Ay, Nora. —Libby me apretuja contra ella cuando llegamos a un paso de peatones y yo me recreo en la cercanía.

Por muy frenéticos que se vuelvan el trabajo y la vida, siempre he sentido que tenemos una especie de metrónomos internos que nos mantienen sincronizadas. Saco el móvil para llamarla y ya está sonando. O me manda un mensaje para comer juntas y nos damos cuenta de que ya estamos en el mismo vecindario. Sin embargo, estos últimos meses, parecemos dos barcos que se cruzan de noche y no se encuentran en la oscuridad del océano. O, más bien, un submarino y un patín a pedales que navegan cada uno en un lago distinto.

Veo sus llamadas perdidas cuando salgo de una reunión y ella ya está durmiendo cuando puedo devolverle la llamada. Por fin me invita a cenar una noche, pero yo me he comprometido a llevar a un cliente a un restaurante. Y lo peor de todo es la vaga y desconcertante sensación de incomodidad cuando logramos juntarnos. Como si solo estuviera conmigo a medias. Como si los metrónomos hubiesen empezado a ir a ritmos distintos y, aunque estemos juntas, no consiguiesen volver a ir a la par.

Al principio, lo había achacado al estrés por el bebé, pero, a medida que el tiempo se va escurriendo, me da la impresión de que mi hermana se distancia en lugar de acercarse. Estamos desincronizadas en lo más profundo de un modo que no sé bien cómo describir, y ni mi colchón de ensueño ni una nube de aceite esencial de lavanda generada por mi difusor me bastan para que no me quede despierta en la cama, dándoles vueltas a nuestras últimas conversaciones como si buscase pequeñas grietas.

El semáforo indica que podemos pasar, pero un grupo de conductores se salta a toda prisa el semáforo en rojo. Cuando un tipo que lleva un traje caro empieza a cruzar la calle a buen paso, Libby tira de mí para ir detrás de él. Es bien sabido que los taxistas no atropellan a gente como ese tío. Su ropa dice: «Tengo abogado». O, quizá, directamente: «Soy abogado».

—Pensaba que Andrew y tú hacíais buena pareja —dice Libby retomando la conversación con fluidez (si pasamos por alto que mi ex se llama Aaron, no Andrew)—. No entiendo qué ha podido ocurrir. ¿Es por algo del trabajo?

Me lanza una mirada fugaz cuando dice «algo del trabajo», y eso despierta otro recuerdo: yo volviendo a entrar en su piso durante la fiesta del cuarto cumpleaños de Bea, y Libby mirándome como un perrito de Pixar herido mientras preguntaba: «¿Una llamada del trabajo?».

Cuando le pedí disculpas, le quitó importancia, pero ahora me pregunto si ese fue el momento en el que empecé a perderla, el instante exacto en el que nuestros caminos divergentes se separaron un poquito más de la cuenta y las costuras comenzaron a romperse.

—Lo que pasa —le digo recuperando mi sitio en la conversación— es que en otra vida traicioné a una bruja muy poderosa y le eché una maldición a mi vida amorosa. Se va a vivir a la Isla del Príncipe Eduardo.

Nos paramos ante el siguiente paso de peatones, esperando que el tráfico se reduzca. Es un sábado de mediados de julio y todo el mundo ha salido de casa con la menor cantidad de ropa que permite la ley y se ha comprado un cono de helado chorreante de Big Gay o un polo artesano relleno de cosas que no tienen ningún sentido en un postre.

—¿Sabes qué hay en la Isla del Príncipe Eduardo? —le pregunto.

—¿Ana la de Tejas Verdes? —dice Libby.

—Ana la de Tejas Verdes estaría muerta ya.

—¡Oye! No me lo destripes.

—¿Cómo pasa alguien de vivir aquí a mudarse a un sitio en el que la atracción más interesante es el Museo de la Patata de Canadá? Yo me moriría de aburrimiento al instante.

Libby suspira.

—No lo sé. Ahora mismo, yo agradecería un poco de aburrimiento.

La miro de reojo y el corazón se me tropieza en el siguiente latido. Todavía tiene el pelo perfecto y la piel sonrosada a la perfección, pero ahora me saltan a la vista algunos detalles, signos en los que no había reparado al principio.

Las comisuras de los labios macilentas, la delgadez sutil de sus mejillas. Parece cansada, mayor.

—Lo siento —dice, casi para sí misma—. No quiero ser la madre triste y mustia de turno, es que... tengo muchísima falta de sueño.

Mi mente ya se ha puesto en marcha, buscando maneras de compensarla. La preocupación constante de Brendan y Libby es el dinero, pero han rechazado toda la ayuda económica que les he ofrecido durante años, así que he tenido que encontrar formas creativas de ayudarlos.

De hecho, la llamada por la que puede (o puede que no) esté

resentida fue un caballo de Troya de cumpleaños. Un «cliente» «canceló» «un viaje» y «la habitación en el St. Regis» «no era reembolsable» por lo que «era razonable» hacer una fiesta de pijamas allí entre semana con las chicas.

—No eres una madre triste y mustia —le digo volviendo a apretarle el brazo—. Eres una supermamá. Eres la tía buena reglamentaria que va por el mercadillo de Brooklyn con un mono puesto, sus quinientos hijos preciosos, un ramo de flores silvestres enorme y una cesta llena de tomates asimétricos. No pasa nada por estar cansada, Lib.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—¿Cuándo fue la última vez que contaste a mis hijos, hermanita? Porque solo tengo dos niñas.

—No es por hacerte sentir mala madre —digo tocándole la barriga con el dedo—, pero estoy segura al ochenta por ciento de que ahí dentro llevas otro.

—Vale, dos y medio. —Entonces me mira a los ojos, precavida—. Y tú, ¿cómo estás en realidad? Por lo de la ruptura, digo.

—Solo estuvimos juntos cuatro meses. No era nada serio.

—Tus relaciones son todas serias por principio —responde—. Si alguien llega a una tercera cena contigo es porque ha cumplido cuatrocientos cincuenta criterios distintos. Si sabes de qué grupo sanguíneo es la otra persona, es serio.

—No sé de qué grupo sanguíneo son las personas con las que salgo. Lo único que les pido es un informe de solvencia, un psicotécnico y un pacto de sangre.

Libby echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada. Como siempre, hacer reír a mi hermana es un chute de serotonina directo al corazón. ¿O al cerebro? Será al cerebro. La serotonina en el corazón no debe de ser demasiado buena. La cuestión es que la risa de Libby me hace sentir la reina del mundo, como si tuviese control total de La Situación (con mayúsculas).

Puede que eso me convierta en narcisista o puede que solo me convierta en una mujer de treinta y dos años que recuerda semanas enteras en las que no era capaz de conseguir que su hermana, en pleno duelo, se levantara de la cama.

—Eh —dice Libby aminorando el paso cuando se da cuenta de dónde estamos, de hacia dónde hemos estado caminando sin ser conscientes de ello—, mira.

Si nos tapasen los ojos y nos dejasen caer desde un avión en cualquier punto de la ciudad, creo que terminaríamos aquí igual: mirando con melancolía Freeman Books, la librería de West Village encima de la cual vivíamos. El piso diminuto en el que nuestra madre nos hacía dar vueltas por la cocina mientras las tres cantábamos *Baby Love* de las Supremes usando los utensilios de cocina como micrófonos. El lugar en el que pasamos incontables noches acurrucadas en un sofá con estampado floral de color crema y rosa viendo películas de Katharine Hepburn con un festín de comida basura esparcido por la mesita de café que mi madre había encontrado en la calle y cuya pata rota había sido sustituida por una pila de libros de tapa dura.

En los libros y las películas, los personajes como yo siempre viven en lofts con suelos de cemento, arte moderno sobrio y jarrones de más de un metro de alto llenos, por algún motivo que desconozco, de ramitas negras y ralas.

Pero, en la vida real, elegí mi piso actual precisamente porque se parece mucho a ese: con suelos de parqué viejo y papel pintado de colores tenues, un radiador que silba en un rincón y estanterías empotradas llenas a rebosar de libros de bolsillo de segunda mano. Las molduras del techo tienen tantas capas de pintura encima que se les han desdibujado los bordes, y el tiempo ha deformado los marcos de las ventanas altas y estrechas.

Esta pequeña librería y el piso que tiene arriba son mi lugar favorito del mundo.

Aunque también sea el lugar en el que nuestras vidas se rompieron hace doce años, me encanta.

—¡Mira! —Libby me agarra el antebrazo y señala el expositor en el escaparate de la tienda: una pirámide del superéxito de Dusty Fielding, *Una vez en la vida*, con su nueva cubierta a juego con el póster de la película.

Saca el móvil.

—¡Tenemos que hacerle una foto!

A nadie le gusta tanto el libro de Dusty como a mi hermana. Y eso no es moco de pavo, porque, en solo seis meses, ha vendido un millón de copias. Dicen que es el libro del año. Una mezcla entre *Un hombre llamado Ove* y *Tan poca vida*.

«Chúpate esa, Charlie Lastra», pienso, como hago de vez en cuando, cuando me acuerdo de aquella comida funesta. O cuando paso por delante de la puerta, cerrada a cal y canto, de su despacho (con más regocijo si cabe desde que se ha puesto a trabajar para la editorial que publicó *Una vez en la vida*, donde vive rodeado de recordatorios constantes de mi éxito).

Vale, sí, pienso «Chúpate esa, Charlie Lastra» a menudo. A una nunca se le llega a olvidar la vez que un compañero del premio la llevó a los límites de la profesionalidad.

—Voy a ver la película quinientas veces —me dice Libby—. Seguidas.

—Pues ponte pañal —le aconsejo.

—No hará falta. Lloraré demasiado, no me quedará pis en el cuerpo.

—No era consciente de que tuvieras unos conocimientos científicos tan rigurosos.

—La última vez que lo leí, lloré tanto que me dio un tirón en la espalda.

—Plantéate hacer un poco más de ejercicio.

—Qué mala. —Se señala la barriga de embarazada y vuelve a

ponerse en camino a la tienda de zumos—. En fin, volviendo a tu vida amorosa. Solo tienes que seguir buscando.

—Libby —le digo—. Sé que conociste al amor de tu vida a los veinte años y, por lo tanto, no has tenido que buscar pareja, pero imagínate por un momento, si quieres, un mundo en el que el treinta por ciento de las citas terminan con la revelación de que el hombre que está al otro lado de la mesa tiene un fetiche con los pies, los codos o las rótulas.

Me llevé la sorpresa de mi vida cuando la romántica y fantásica de mi hermana se enamoró de un contable nueve años mayor que ella al que le encanta leer sobre trenes, pero Brendan también es el hombre más de fiar que he conocido nunca, por eso hace mucho que acepté que, de algún modo, contra todo pronóstico, mi hermana y él son almas gemelas.

—¿El treinta por ciento?! —grita—. ¿Se puede saber en qué apps te metes, Nora?

—¿En las normales!

Siendo del todo sincera, sí, pregunto directamente por los fetiches. No es que el treinta por ciento de los hombres aireen sus vicios a los veinte minutos de conocer a alguien, pero justo por eso indago. La última vez que mi jefa, Amy, se fue a casa con una mujer que no había pasado ningún filtro, resultó que tenía una habitación dedicada por completo a sus muñecas. Del techo al suelo, las paredes estaban cubiertas de muñecas de cerámica.

¿Cuán inoportuno sería enamorarse de alguien y enterarse después de que esa persona tiene una habitación de muñecas? La respuesta es mucho.

—¿Podemos sentarnos un momento? —pide Libby, que parece estar un poco sin aliento.

Esquivamos a un grupo de turistas alemanes para acomodarnos en el alféizar del ventanal de una cafetería.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Te traigo algo? ¿Agua?

Ella niega con la cabeza y se coloca un mechón de pelo detrás de las orejas.

—Solo estoy cansada. Necesito parar.

—Igual podríamos tomarnos un día para ir al spa —le propongo—. Tengo un vale regalo...

—Lo primero de todo, eso es mentira, que me doy cuenta. Y lo segundo de todo... —Se muerde el labio, en el que lleva un brillo rosa—. Había pensado otra cosa.

—¿Dos días de spa? —intento adivinar.

Esboza una sonrisa vacilante.

—Siempre te quejas de que las editoriales prácticamente lo paran todo en agosto y no tienes nada que hacer, ¿no?

—Tengo muchas cosas que hacer —repongo.

—Nada por lo que debas quedarte en la ciudad —corrige—. Así que... ¿y si nos vamos a algún sitio? Nos vamos unas semanas y nos relajamos. No me vendría mal pasar un día sin que nadie me eche sus fluidos corporales encima, y tú puedes olvidar lo que ha pasado con Aaron, y así... descansamos un poco de ser la supermamá cansada y la mujer con una carrera de éxito que tenemos que ser los otros once meses del año. Igual hasta puedes seguir el ejemplo de tus ex y tener una aventura fugaz con un... ¿cazador de langostas del pueblo?

La miro fijamente para valorar si habla en serio.

—¿Pescador? ¿Pescador de langostas? ¿Langostero? —sigue.

—Pero nunca vamos a ningún sitio —señalo.

—¡Justo por eso! —dice ella, y una tensión escabrosa se le cuelga en la voz.

Me agarra la mano y reparo en que tiene las uñas mordidas. Intento tragar, pero es como si tuviera el esófago inmovilizado por un cebo. Porque, en ese momento, de pronto, tengo la certeza de que a Libby le pasa algo que no son los problemas de

dinero de siempre, la falta de sueño o la irritación con mis horarios de trabajo.

Hace seis meses, habría sabido exactamente lo que le pasaba. No habría tenido que preguntar. Ella habría venido a mi piso sin avisar y se habría dejado caer en el sofá con teatralidad y habría dicho: «¿Sabes lo que me preocupa estos días, hermanita?», y yo habría colocado su cabeza sobre mi regazo y le habría pasado los dedos por el pelo mientras ella me contaba sus inquietudes y nos bebíamos una copa de vino blanco fresco. Ahora las cosas son diferentes.

—Es nuestra oportunidad, Nora —dice bajito, con urgencia—. Hagamos un viaje. Las dos solas. La última vez que nos fuimos fue a California.

Se me revuelve el estómago. Aquel viaje —igual que mi relación con Jakob— forma parte de un momento de mi vida que me esfuerzo mucho por no revivir.

Casi todo lo que hago es, en realidad, para asegurarme de que Libby y yo nunca volvamos a encontrarnos en esa oscuridad en la que vivimos después de que muriera nuestra madre. Sin embargo, la verdad innegable es que no la había visto así, como si estuviera a punto de estallar, desde entonces.

Trago con dificultad.

—¿Puedes viajar ahora?

—Los padres de Brendan lo ayudarán con las niñas. —Me estrecha las manos con los enormes ojos azules prácticamente ardiendo de esperanza—. Cuando nazca el bebé, voy a ser una cáscara vacía durante un tiempo y, antes de eso, me gustaría mucho, muchísimo, pasar tiempo contigo, como antes. Y estoy a tres noches sin dormir más de que se me vaya la olla y hacer un *Dónde estás, Bernadette* o directamente un *Perdida*. Lo necesito.

Siento presión en el pecho. La imagen de un corazón en una

jaula de metal demasiado pequeña me pasa por la mente como un destello. Nunca he sido capaz de decirle que no. Ni cuando tenía cinco años y quería el último bocado de tarta de queso, ni cuando tenía quince y quería que le dejase mis vaqueros favoritos (cuyas caderas nunca se recuperaron de la superioridad de sus curvas), ni cuando tenía dieciséis y me dijo entre lágrimas «No quiero estar más aquí» y yo me la llevé a Los Ángeles.

Y lo cierto es que nunca me pidió ninguna de esas cosas, pero ahora me lo está pidiendo, con las palmas de las manos juntas y haciendo pucheros, y eso me hace entrar en pánico y sentir que no puedo respirar. Me hace sentir incluso más supe-rada que pensar en salir de la ciudad.

—Por favor.

La fatiga la hace parecer insustancial, difuminada, como si, al intentar apartarle el pelo de la frente, mis dedos fuesen a atravesarla. No sabía que fuera posible echar tanto de menos a alguien cuando la persona en cuestión está sentada a tu lado; echarla tanto de menos que te duele todo.

«Está aquí —me digo— y está bien. Le pase lo que le pase, podréis arreglarlo.»

Me trago todas las excusas, quejas y argumentos que quieren salirme de dentro.

—Vayamos de viaje.

Los labios de Libby se separan en una sonrisa. Se revuelve un poco en el alféizar para sacarse algo del bolsillo trasero.

—Vale, menos mal, porque ya he comprado esto y no tengo claro que se pueda cancelar. —Me pone los billetes de avión impresos en el regazo con una palmada y es como si el momento anterior nunca hubiera ocurrido. Como si, en cuestión de medio segundo, hubiera vuelto mi hermana despreocupada.

Vendería los órganos que hiciera falta para congelarnos a ambas en este punto, para vivir siempre en un instante en el que

Libby brilla con fuerza. La presión del pecho se afloja. La próxima vez que respiro lo hago con más ligereza.

—¿Es que no piensas ni mirar adónde vamos? —me pregunta Libby divertida.

Yo bajo los ojos que tengo fijos en ella y leo el billete.

—¿Asheville, Carolina del Norte?

Niega con la cabeza.

—Ese es el aeropuerto que queda más cerca de Sunshine Falls. Será un viaje de los que haces... «una vez en la vida» —dice con retintín.

Gruño y ella me rodea con los brazos riendo.

—¡Vamos a pasarlo genial, hermanita! Y tú vas a enamorarte de un leñador.

—Desde luego, si hay algo que me pone perrísima —le digo— es la deforestación.

—Un leñador ético, sostenible, ecológico y sin gluten —se corrige.